Tres poesías desconocidas de Martínez de la Rosa

EN el "Prólogo del Autor" que aparece en el tomo primero de sus *Obras Completas*, (París, Braudry, 1845), Martínez de la Rosa nos dice que la colección de poesías que ha escogido para esta edición reúne composiciones viejas y nuevas y que éstas son "las postreras tal vez de mi vida". Pero, a pesar de su aserción, el amor hacia las musas que había cultivado desde su infancia no estaba destinado a morir tan prematuramente, puesto que algunos años después, en una revista de Lisboa, la *Revista Peninsular* para el año 1856, fueron impresas tres poesías suyas que hasta hoy, que yo sepa, permanecen desconocidas. No dudo que los lectores de la REVISTA IBEROAMERICANA —que saben del influjo de Martínez de la Rosa en la literatura Hispanoamericana— convendrán conmigo en que bien merecen ser reproducidas. La primera tiene por título: "Al Monasterio denominado de la Peña."¹

Esa que ves altísima montaña,
La plantó Dios en el inmenso llano:
Mira allí al Tajo que los campos baña,
Y allí la masa en el confín lejano
De enormes rocas sobre eterno asiento...
De los siglos el paso desafía,
Y qual gigante torre y atalaya
Ve a sus plantas yacer la humilde playa
Y su cerviz eleva al firmamento.
Allí latiendo el pecho generoso
Bañado el rostro en llanto de alegría
El monarca piadoso
Las anheladas velas descubría;
Al súbito contento

Falta la voz y aliento,
 A Dios levanta los humildes ojos,
 Y un voto hace ferviente,
 En tanto que a sus pies arrodillado
 Vese el héroe esforzado
 Que al sol robó las llaves de oriente.
 De austeros cenobitas
 Esa fué la mansión, ése el asilo:
 Del mundo aislados qual la misma roca
 Sereno el pecho, el ánimo tranquilo,
 Ruda tormenta, del sagrado albergue
 Un día los lanzó, mas la memoria
 Del gran monarca vivirá por siempre,
 Qual de Vasco inmortal la eterna gloria.
 Y es común voz que en la callada noche
 Suelen allí vagar sus sombras graves;
 En tanto que en las nubes se retrata
 La imagen fiel de las ansiadas naves.

(Cintra—agosto de 1852), *Op. cit.*, 198.

El fondo de la poesía está magistralmente perfilado. El enlace de tierra y cielo que representa la mole imponente de la montaña, parece anunciar las dos escenas que siguen, terrenal la una, celestial la otra: la evocación del descubrimiento de las naves portuguesas que culmina con el verso altamente lírico —*que al sol robó las llaves de oriente*, y la supervivencia de este episodio histórico en la fantasía del pueblo, en forma de visión tan viva que se lo figura no con vagos contornos, sino como *fiel* imagen, adjetivo éste que confiere una poderosa eficacia a todo el cuadro. Además, la eternidad del asiento de la montaña se repite con buen efecto en la eternidad de la memoria del incidente en que fueron los protagonistas el rey don Manoel y Vasco da Gama. Toda la composición, pues, tiene una estructura sólida y bien eslabonada.

La segunda poesía lleva como título: “Une nuit d’été aux environs de Lisbonne”.

*Charmant séjour, belles rives du Tage,
 Triste et pensif je vous fais mes adieu!
 Je vois les flots s’endormir sur la plage;
 La lune éclaire et la terre et les cieux.*

*Le nautonnier sur sa barque fragile
 Laisse en passant un sillon lumineux;
 Sa rame fend la surface mobile,
 L’écho répète ses amburs et ses vœux.*

*Le doux zéphyr, inconstante et volage
Sème partout des parfums délicieux...
Charmant séjour, belles rives du Tage,
Triste et pensif, je vous fais mes adieu!*

(Lisbonne, 26 août 1852). Op. cit., 200.

En estos versos el autor nos comunica su tristeza al dejar el Tajo y sus orillas escogiendo, como contraste, uno de sus aspectos más románticos y sentimentales simbolizados por la noche y el barquero enamorado. Más que una agrupación de palabras es un largo suspiro, suave y rítmico como el ondear de las aguas del río amado. Es una verdadera joya poética.

“Los Astros y las Flores” es el encabezamiento de la tercera. Su contenido es una renovación de un tema de la poesía neoclásica (Metastasio, Meléndez Valdés, etc.)

¿Será tan ciego, y sin ventura el hombre,
que exista tal vez, uno siquiera,
que el universo absorto contemplando,
de Dios no adore la potente diestra?
Ella los astros arrojó al vacío,
cual leves granos de menuda arena,
y un siglo y otro siglo sin chocarse,
obedientes prosiguen su carrera:
ella mil y mil soles ilumina;
de la noche el capuz bordó de estrellas;
al polo boreal la antorcha enciende;
y el curso audaz señala a los cometas.
más allá de ese cielo hay otros cielos;
más allá de esa esfera, otras esferas;
y en tanto que ellas guían silenciosas
sólo el trono de Dios inmoble queda.
Mas si dejando el infinito espacio,
los ojos vuelves a la humilde tierra,
un árbol, una planta, una flor sola
del Supremo Hacedor la gloria ostenta.
Mira al altivo girasol que amante
del astro sigue la triunfal carrera,
y al apagar su luz en el ocaso,
lánguido siente la penosa ausencia;
en tanto que otras flores recatadas
de noche lucen su sin par belleza
cual tímida doncella que medrosa
sólo a la luna sus encantos muestra.

Emula de la palma se columpia
 sobre el flexible tallo la azucena,
 y del cándido seno el oro puro
 del céfiro lascivo el beso anhela;
 mientras cerca la tierna sensitiva,
 símbolo del pudor y la inocencia,
 la toca apenas temeraria mano
 las verdes hojas vergonzosa pliega.
 Rojo clavel sobre nevado seno
 la viva llama del amor demuestra,
 llorados lirios las celosas ansias;
 la siempreviva funeral tristeza,
 y el [blando] palpitar de un pecho amante
 con su dulce fragancia la violeta,
 que tímida se oculta entre la grama
 y anuncia ya la grata primavera.²

Op. cit., 479-480.

Robusta y de una admirable entonación épica es la sección que se refiere a los astros. Es una concepción que brota de una inspiración fresca y espontánea. En cambio, la sección floreal tiene tonalidad idílica y aunque encontramos en ella algunos versos bellos, no constituye una representación adecuada de la gloria del Supremo Hacedor, dejándonos indiferentes y descontentos. Es evidente que no se logra ocultar el esfuerzo retórico que la ha engendrado. Como resultado de esta fractura tonal, tenemos una composición cuya primera parte posee una rara excelencia y cuya segunda parte decae hasta el nivel de la mediocridad.

* * *

No solamente tienen importancia esas tres poesías como novedades, sino que si examinamos contemporáneamente las composiciones en las *Obras Completas* hallamos que aquéllas son estéticamente superiores a sus hermanas escritas anteriormente. Efectivamente, si hacemos excepción de la "Elegía a la muerte de la Duquesa de Frías",³ notamos que en estos versos nuevos se manifiesta por primera vez una auténtica madurez artística, por medio de una más intensa participación personal en las creaciones de su fantasía. Y si a éstos fuera posible añadir otros (que por cierto deben de existir, pues es inconcebible un hiato de tantos años en la produc-

ción poética de Martínez de la Rosa) nos veríamos obligados a revisar los juicios existentes sobre nuestro poeta, en dirección marcadamente ascendente.

JOSEPH G. FUCILLA,
Northwestern University.

N O T A S

1 Nota del autor: "Lo fundó el rey D. Manoel en una altura, desde la qual descubrió las naves Vasco da Gama".

2 Nota del autor: "Estos versos los compuso el autor en Lisboa en el verano de 1852".

3 Véase M. Menéndez y Pelayo. *Martínez de la Rosa. Estudio biográfico*. Madrid, Compañía de impresores y libreros, S. A., p. 9. En las *Obras Completas*, I, *op. cit.*, p. 46, la rúbrica no es "Elegía" sino "Epístola".